

DOMINGO XVIII DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Éxodo 16, 2-4.12-15): *Haré llover pan del cielo.*

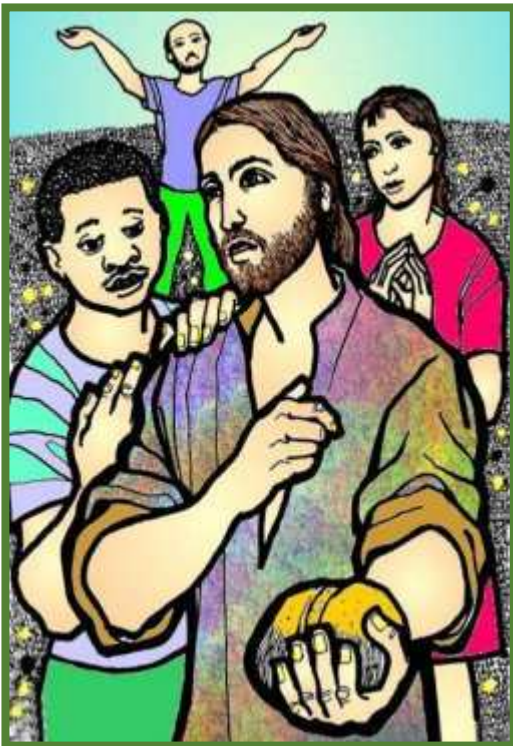
Salmo (77, 3.4bc.23-25.54): *«El Señor les dio pan del cielo».*

2ª lectura (Efesios 4, 17.20-24): *Despojaos del hombre viejo.*

Evangelio (Juan 6, 24-35): *Yo soy el pan de vida.*

El domingo pasado escuchamos el evangelio de la multiplicación de los panes y los peces, ese signo que realizó Jesús a partir de cinco panes de cebada y dos peces. La multitud asombrada por lo que habían visto quería proclamar a Jesús rey, pues creían que era el definitivo profeta que Dios les había enviado. Jesús huyó de la multitud y nuestro evangelio de hoy empieza a partir de ahí. La gente sigue buscando a Jesús y para ello se disponen a cruzar el lago, rumbo a Cafarnaúm, a la otra orilla, para encontrar a Jesús.

El hecho de la multiplicación de los panes provocó un deseo mayor de escuchar y seguir a Jesús. Pero Él mismo denuncia que el motivo de seguirle es búsqueda de ese pan fácil que satisface su hambre y al mismo tiempo, les invita a buscar el alimento que perdura para la vida eterna. No tendrán que ir a otros sitios, pero sí tendrán que cambiar sus motivaciones.



Podemos apreciar, en primer lugar, que aquellos hombres estaban verdaderamente interesados en encontrar a Jesús. Otra cosa serán las motivaciones. Es sorprendente que Jesús no responde a la pregunta que la multitud le dirige al encontrarlo, que parece, ciertamente, poco relevante. Quizás por eso mismo Jesús les dirige unas severas palabras que pretenden desvelar las auténticas motivaciones de toda aquella gente.

Siguiendo a Jesús se puede comer y satisfacer el hambre, pero no debe ser esa la razón de seguirle; o al menos esa no es razón suficiente. En todo caso eso puede servir de aliciente para descubrir en Jesús otro alimento más nutritivo en orden a la vida que verdaderamente interesa a quien ama de verdad la vida. No se trata de consumir vida hasta que ésta se acabe, sino consumir, llevar a plenitud el regalo inmenso que el Creador nos hizo por puro amor. Nada ni nadie impuso a Dios ese acto libérrimo de la creación, de la cual participamos con nuestra vida diseñada por Él, desde antes que comenzaran los siglos.

Jesús propone a la multitud el alimento duradero, el alimento que perdura hasta la vida eterna. Ese alimento solo es el mismo hijo de Dios el que nos lo puede proporcionar. Enseguida va a desvelar Jesús a la multitud cuál es ese alimento. Pero parece que la multitud no acaba de entender bien a Jesús porque le formulan una pregunta en otra dirección. La cuestión que plantean ahora tiene que ver con qué obras de Dios tienen que

realizar. Jesús, como buen maestro, aprovecha su respuesta para seguir centrando la cuestión. Se trata antes que de hacer nada, de creer.

Es una cuestión de fe, les va a decir Jesús: tenéis que creer en aquel que Dios ha enviado. Sí, Jesús está hablando de sí mismo pero la multitud no acaba de entender. Y por eso le piden un signo y para ello evocan el maná que Dios les dio en el desierto a sus padres. Es chocante. Acaban de participar en el signo que Jesús acaba de realizar de la multiplicación de los panes y los peces y ahora piden otro signo. ¿No ha sido suficiente signo? De nuevo, Jesús en su respuesta se está auto revelando como el único pan de Dios que puede dar la vida al mundo.

Algo debieron entender los discípulos del Señor cuando, ante la invitación de Jesús de trabajar para la vida eterna, le preguntaron: “Y, *¿qué obras tenemos que hacer para trabajar en lo que Dios quiere?*”. Notamos cierta resistencia a aceptar sin reservas el mensaje de Jesús y por ello no acabamos de renunciar a nuestros argumentos y pedimos señales y signos a Dios para que nos resulte evidente su voluntad. La respuesta sigue siendo siempre la misma: “*sin fe volveremos siempre a ser nosotros los que pensamos llevar las riendas de nuestra vida*”.

Jesús nos invita de nuevo a creer en Él. Nosotros, como en otro tiempo sus discípulos, buscamos argumentos para no tener que aceptar el seguimiento incondicional detrás de Jesús. Ponemos trabas diciendo que nos faltan argumentos; ojalá no interrumpiésemos nunca el diálogo con el Señor aunque esté plagado de incoherencias por nuestra parte. El Señor es paciente y comprensivo y su voluntad es siempre bondad para con nosotros.

Ahí es donde radica la fuerza del Espíritu que transforma nuestra voluntad: percibir que el querer de Dios es poderoso y eficaz para que nuestras acciones realizadas según su designio constituyan nuestra principal comida y que sea su voluntad la que nutra nuestras decisiones dignificando nuestra libre responsabilidad. El modelo de esta acción humana íntimamente vinculada con la voluntad divina ha sido realizado en Cristo, su Hijo encarnado. De ahí que la fe en Jesús, el seguimiento incondicional de sus enseñanzas, el nutrirnos de su vida, verdadero pan bajado del cielo, es lo que puede garantizarnos la mejor de las vidas.

Al final del evangelio la multitud le pide a Jesús que les de ese pan que les está anunciando, ese pan que da la vida. No sabemos si al final la multitud comprendió bien de qué estaba hablando Jesús. Sin embargo, nosotros sí lo sabemos. Nosotros sabemos que Jesús es el pan que sacia todas nuestras necesidades, es el pan que alimenta nuestra vida. En cada Eucaristía nos alimentamos de este pan de vida que es Jesús. No desaprovechemos esta oportunidad. No olvidemos que ese es el pan de cada día, del que tenemos que abastecernos y comer siempre de él.